

1819 - 2019  
Una nueva pagina



# BOLETÍN de la POSTULACIÓN - JUNIO - 2018.

Una escuela de su vida santa.

En concreto, ¿qué nos puede enseñar la “beatificación” de Juan M<sup>a</sup>? Es cierto que esta “beatificación” no ha sido aún proclamada por la Iglesia. Pero también es verdad que una etapa ha franqueada ya la Congregación de los Santos: la proclamación de la “heroicidad de las virtudes” del Venerable Juan M<sup>a</sup> de la Mennais. Un milagro sería como la firma de Dios en esta proclamación, pero la infalibilidad de la Iglesia y del Papa (en concreto del bienaventurado Pablo VI) que la proclamó, es ya una garantía de autenticidad. En los próximos BOLETINES, quisiera considerar algunos aspectos de la “heroicidad de las virtudes” de Juan M<sup>a</sup> para apuntarnos, también nosotros, a la escuela de su vida santa.

Sin pretender hacer aquí un estudio histórico o aportar profundizaciones suplementarias que se pueden encontrar en obras especializadas, sí quisiera subrayar algunos aspectos más directamente visibles y susceptibles de ser imitados por cada uno de nosotros, los Miembros de la Familia Menesiana.

Bien sabemos cuál era el proyecto de Juan M<sup>a</sup> de la Mennais para sus hijas e hijos: ¡hacer santos! La santidad ha sido siempre el objetivo fundamental que quiso para su propia vida. No hubo - en la vida de Juan M<sup>a</sup> - un momento concreto de conversión o de reorientación de su vida religiosa o moral. Es como si, para él, sólo hubiera contado una cosa en su vida: vivir como Jesús, seguirle, compartir sus sentimientos, “entrar en su corazón”, según la expresión del P. Clorivière. Cuando niño, fue el discípulo dócil de su santa madre. Se dejó guiar por dos santos sacerdotes de los que fue siempre fiel alumno, depositando en ellos una filial confianza, tomándoles como modelos para su propia vocación. En medio de los peligros de la terrible persecución, siempre tuvo gestos heroicos, arriesgando incluso su propia vida, pero siempre de manera discreta y prudente, gracias a la fuerza que sacaba de la Eucaristía y de la Confirmación.

Durante su adolescencia, elaboró un proyecto de vida claro y generoso. Aunque disponía de un patrimonio importante y vivía en un medio más bien opulento, prefirió emprender el camino del servicio y de la pobreza para seguir la vocación a la que se sentía llamado. Decidido a ser sacerdote en una Iglesia perseguida, sacaba fuerzas de los sacerdotes mártires a los que vio morir, más que renunciar a su misión evangelizadora. Desde ese momento, consagraría toda su existencia “al bien de la Iglesia y de las almas.”

Efectivamente, desde el principio se entregó entero, con celo verdaderamente misionero, hasta poner en peligro su propia salud. Dotado de grandes capacidades para los estudios y para la escritura, colaboró con su hermano Féli en la defensa y el servicio de la Iglesia. Pero no dudó en renunciar a una carrera intelectual para consagrarse a la pastoral, bien asumiendo responsabilidades importantes, bien en pequeñas actividades apostólicas ordinarias. Y por el bien de la Iglesia aceptó grandes sacrificios fundando dos Congregaciones consagradas a la educación y a la instrucción cristiana: obras humildes, al servicio de los niños y en zonas rurales y pobres de campesinos o de ciudades de Bretaña, pero, ante todo con el objetivo de poner las bases para una sociedad nueva y cristiana.

Y cuando fue llamado a dirigir una importante sociedad eclesial, la Congregación de S. Pedro, para dotar a Francia de una visión de cultura inspirada en la Fe cristiana, corrió el riesgo de embarcarse en esa aventura. Aventura, sueño, proyecto visionario, que habría podido significar un hito en la sociedad cristiana, la cultura y la política, pero que zozobró en un medio de tanta debilidad y de errores humanos. El sueño de su vida pastoral y humana se transformaría en un calvario, del que - sin ninguna responsabilidad personal - tuvo que pagar un elevado precio.

No se desanimó, prosiguió su ideal misionero y de santidad. Para él, el servicio a la Iglesia y su vida espiritual eran una sola cosa. Se sacrificó proponiendo la santidad a todo el mundo: en sus escuelas para los Hermanos y para las Hijas de la Providencia y en las misiones. Si los Hermanos Misioneros estaban dispuestos a dar su vida, es porque habían visto eso mismo en el espíritu de su Padre.

Ésa es la “santidad” que hemos heredado de nuestros Padre Juan M<sup>a</sup> de la Mennais y eso es lo que debemos vivir en los acontecimientos de nuestra existencia Menesiana hoy.

H<sup>o</sup> Dino De Carolis